

DOINA GHEORGHIU
Journaliste, Bruxelles

Nuestros silencios

Nos silences

Mots clés : silence, monde, message, communication, compréhension, sculpture, artiste, Rivelino, actualité, œuvre, diversité.

Résumé : *Nos silences* inclut dix sculptures monumentales en bronze qui, vues dans leur ensemble, évoquent un thème de grande actualité: la communication entre les personnes et les communautés, en dépit de leur diversité. Elles peuvent être considérées comme un point de départ pour réfléchir sur le besoin de compréhension mutuelle dans des mondes tellement variés et pluriels. Ce qui est sous-jacent dans *Nos silences*, c'est l'énorme impulsion pour la liberté d'expression. De tout temps, il y a eu dans l'histoire de l'humanité des personnes engagées pour leurs idéaux et qui ont ressenti le besoin de s'exprimer et, pour cela, ils ont du briser les barrières du silence et, implicitement, les barrières entre les différences, entre les mondes.

Partant de cette œuvre monumentale de l'artiste plastique mexicain Rivelino, qui lance un message de coopération solidaire entre les mondes et surtout d'abandonner les silences et les barrières des préjugés, afin de construire un monde de paix et de bien-être, partant, donc, de ce message artistique, on a évoqué le besoin de sortir de nos silences pour crier au monde ou aux mondes les injustices, les choses qui passent, apparemment, loin de nous, dans d'autres mondes, message présent cette fois dans la parole écrite. Pour illustrer ce parallélisme, on a fait référence à une revue espagnole – supplément de fin de semaine – très appréciée par les lecteurs, où les reportages, les articles et les commentaires sur des réalités touchantes, bouleversantes, et, plusieurs fois, ignorées – parce qu'elles se passent dans d'«autres mondes» – complètent le message de l'artiste Rivelino sur la nécessité de sortir «des silences» de l'humanité. Et qui mieux pourrait-il le faire que la littérature, l'art, la musique, ponts permanents entre les mondes?

El título del artículo, me lo inspiró una exposición de escultura inaugurada hace pocas semanas en una plaza céntrica de la capital de Europa, Bruselas, que es de alguna manera y para estar en la línea de este número de la revista, cruce de “otros mundos”, ¿no es cierto? – a lo que iba: exposición cuyos significados van más allá de la simple muestra artística de incontestable valor que nos hace llegar desde México – con motivo de la Cumbre Iberoamericana y el Bicentenario de la Independencia de México, el insigne arquitecto Vélázquez, junto con el joven escultor Rivelino, quienes, de esta manera, se transforman en embajadores del arte mexicano y no sólo mexicanos en Europa, ya que nos traen, de alguna manera, un trozo de América del Sur a nuestra casa. De hecho, últimamente, se habla cada vez más de confluencias de culturas, de conocer otras tierras y a su gente, a través de exposiciones: africanas en Europa, europeas en Africa, latinoamericanas en Europa, europeas en América, etc, utilizando, entre comillas, ya que se hace en el buen sentido de la palabra, la cultura, la literatura, el arte, como puentes entre los mundos. Entre el nuestro, eso es él de cualquiera, y “otros mundos”, que puede ser tanto el mío, como el tuyo... Después de pasar por Lisboa y Madrid, hela llegar a Bruselas, de donde continuará su periplo por otras culturas del mundo, en su afán y

en el nuestro también de dar a conocer y de recibir muestras de “otros mundos”, de naturaleza a enriquecernos espiritualmente.

Con la instalación monumental *Nuestros Silencios* que representa todo lo que los seres humanos prefieren no decir, en vez de comunicar su sentir a sus seres queridos, a sus vecinos o entre países y continentes, el escultor mexicano Rivelino (San José de Gracia, Jalisco 1973), ha cruzado el Atlántico para mostrar su apuesta estética a “otros mundos”. La muestra, integrada por diez esculturas tridimensionales de 3.5 metros de altura y de más de una tonelada de peso, que juega con figuras humanas elaboradas en bronce y con pátina en color blanco, se exhibirá en Alemania, Italia y Reino Unido, para culminar con París, en 2011, porque será el año de México en Francia.

Rivelino, quien explora los universos del ser humano a través de la estética, tuvo la idea de desarrollar una muestra escultórica con el tema de la libertad de expresión, derecho inherente al ser humano, tocó puertas y logró que creyeran en él, por lo que los diez gigantes itinerantes - llamados guardianes-, con bocas tapadas,- gigantes que envían a la cultura inca o al arte precolombino-, ya pueden hablar -a través del lenguaje sin fronteras del arte- de “nuestros silencios”, de lo que callamos y no nos atrevemos a decir, tanto de nosotros, como de los demás, de nuestro mundo y de “otros mundos”. Nuestro interés por dialogar con los demás viene al encuentro de quienes no “carecen de la vista”, como menciona el escultor, de quienes están dispuestos a salir de su silencio para entender y asimilar las diferencias, eso es, a los demás. De hecho, el mensaje del conjunto de esculturas, a saber de su creador, expresa un rostro anónimo en el que “el otro” puede verse reflejado, una invitación para que la gente se exprese libremente, pero también para que respete la libertad de la palabra del prójimo. Salir, pues, de nuestro silencio, abrírnos hacia otros mundos, pero sin dejar de respetar la individualidad de los demás, en pocas palabras, éste sería el mensaje de la muestra, que “se dirige a la gente que sabe diferenciar y entender a cada habitante del mundo, viéndolo de manera independiente, aceptando sus creencias y su situación”, como dijo el arquitecto Velázquez, artesano de la ubicación de la obra, con motivo de la apertura del acto en Bruselas. Los círculos que rodean a los guardianes, situados sobre una alfombra mágica, son anillos concéntricos en forma de terrazas , que sugieren los ciclos de la vida, el tiempo, con sus solsticios y equinoccios , el reloj o el calendario, el emblema solar, el cielo, eso es la perfección o, como dicen los artistas, “la eternidad y el tiempo, que no tiene ni principio, ni fin”. Son círculos mágicos que nos pueden proteger de las fuerzas exteriores, ajenas a nosotros, pero, al mismo tiempo, pueden aislarnos de “otros mundos”. O quizá este círculo delimita nuestro universo, para que podamos observar la belleza del mundo sin que nos toquen. Son círculos que existen al lado de muchos otros, otros universos, los de los demás. A través de éstos, situamos “nuestros silencios” al abrigo de los demás, casi fingimos de que nos existen y , así, no nos hacen daño. Esta es la consecuencia de lo que no decimos de nosotros mismos, de nuestros dolores, de nuestras vergüenzas, de nuestros complejos y realidades y por la falta de fortaleza en nuestras creencias y anhelos, en otras palabras, por no decir lo que sentimos. El situar a los guardianes sobre una plataforma de madera significa todo el peso que se le transfiere a la humanidad de salvaguardar nuestros silencios, los guardianes siendo testigos de que en nuestros universos existen las verdades que en ocasiones callamos

o no podemos decir porque pueden agredir o violar los derechos de otros o de nosotros mismos. ¿Pero, es conveniente callar?

Al hilo del deber de respetar los silencios de cada uno y adicta al País Semanal, me pregunto si es conveniente callar, para parafrasear al escultor mexicano Rivelino, ante atrocidades como las que aparecen desenmascaradas en esta excelente revista española, me pregunto si hay que callar, aunque pase en “otros mundos” y, de alguna manera, creemos que no nos toca directamente- aunque sabemos muy bien que sí nos toca, por muy lejos de “nuestro mundo” que ocurra - me pregunto, pues, si hay que callar y encerrarnos en nuestros silencios ante cosas abominables que pasan a nuestro alrededor. Hablamos de “nosotros” como individuos, con nuestros temores, a veces callados, pero también de nosotros como habitantes de espacios delimitados geográfica o culturalmente, que nos “diferencian” de los demás, es decir de “otros mundos”. Hablamos de nosotros, que podemos ser igualmente “otros”, los demás. ¿Taparnos la boca, como hacen los gigantes de Rivelino, o bien gritar a los cuatro vientos, para que nos hagamos escuchar? Los círculos mágicos que rodean “los silencios” de las razas humanas representadas por las efigies de Rivelino pueden ser terrenos que nos protegen de “otros mundos”, o bien que nos separan voluntaria o forzosamente de los demás. Son anillos concéntricos en forma de terrazas que marcan el pasar del tiempo, los lugares de inicio y fin, donde se celebra el sol y la luna, el fin de un ciclo. Los guardianes de Rivelino nos hacen filosofar, porque, como dice el crítico de arte mexicano y director del Museo de Culturas de Oaxaca, Enrique Franco Calvo, sus gigantes de caras tan diferentes , pero, al propio tiempo, tan parecidas, como las razas mismas, nos dan, “a la manera de Leonardo, la dimensión del hombre como medida del universo”, enfoque que transforma la obra de Rivelino en universal, superando el espacio nacional, de un mundo, y adquiriendo alcances propios de “otros mundos”. El silencio al que se refiere Rivelino es el de la voz, porque no existen en el mundo actual peor silencio que el de los que se callan obedeciendo a sus prejuicios, a su indiferencia, sus temores o porque están sometidos a las amenazas. El silencio es tan grave, que sabemos que ante cualquier cataclismo, el universo se calla, se queda en un silencio total. Sin embargo, la voz no es el único medio de expresión, existe siempre al alcance del ser humano el arte, la música, la literatura, que pueden convertir el silencio en grito. Nos preguntamos, junto con el crítico de arte Calvo: si al principio del todo estuvo la palabra, ¿por qué el mundo contemporáneo tendría que guardar silencio, mientras nuestro mundo, en general, se enorgullece tanto con la velocidad de comunicación? La invitación que nos lanza sutilmente Rivelino es la de destaparnos las bocas y dar a conocer las verdades de nuestros mundos, las buenas, como las malas, destaparnos las bocas y los oídos, para escuchar y hablar de las monstruosidades que pasan cerca de nosotros, como las evocadas por la periodista Leila Guerriero en el artículo *Testigos del horror* del País Semanal. La autora habla de Zimbabue, que, en 20 años “ ha pasado de ser un modelo de desarrollo en Africa a convertirse en el país de los corazones rotos”, ya que la tasa más alta del mundo de incidencia del VIH, asociada a la extrema pobreza, deja “una tierra baldía”, donde la gente mira la muerte como un compañero permanente de vida, donde las madres ven cómo se les mueren todos los hijos y muchos niños crecen sin padres y donde el silencio significa resignación, impotencia,

infinito drama. En estas tierras se piensa que “un hombre con VIH se cura teniendo sexo con una virgen” y una niña de 12 años escribe en su cuaderno que “mejor se muera como su papá”. Son tierras donde los hombres, al parecer, han desaparecido, dejando pueblos enteros de mujeres y huérfanos sin ninguna esperanza en sus miradas. De esto habla la periodista española, convirtiéndose en “testigo del horror” de esta tierra de nadie, donde los niños, en su mayoría seropositivos, no juegan, por débiles, sino que se pasan los días durmiendo, así no tienen que comer- ni hay comida ahí- ni pensar, ni vivir, al fin y al cabo. En el número 1746 del País Semanal, la periodista Ana Gabriela Rojas evoca una realidad monstruosa, hablando en el artículo *La ciudad de las viudas* de Vrindavan, pueblo situado a 150 kilómetros de Delhi, que acoge a las viudas- eso es a las mujeres que “ya nadie quiere”. “Marginadas por sus familias, -dice la autora- sumidas en la pobreza, mayores, jóvenes e incluso menores de edad, todas comparten la misma desgracia: ser viuda en India.” Las mujeres que se han quedado sin marido han perdido su lugar digno en la sociedad, no tienen derecho a ninguno de los bienes que tenían en común, por lo que viven en la calle. Para colmo de ironía, visten de blanco. Con las cabezas rapadas, la mayoría viven de limosnas y “caminan con pesar apoyadas en un bastón.” Los parientes políticos rechazan cualquier petición de parte de la viuda sobre sus casas y tierras, porque éstos pertenecen de derecho al esposo y a la familia de éste. Desposeídas y solas, se ven echadas a la calle, muchas veces con hijos pequeños a cargo. Se les exige duelo de por vida, según las tradiciones hinduistas más conservadoras. “Debe olvidarse de los coloridos saris y de cualquier ornamento, así como cortar todo su cabello, para no provocar deseos en otros hombres. Incluso se les consideran culpables de la muerte de sus esposos”. El triste desfile de las viudas apoyadas en sus bastones se repite en esta ciudad india, en pleno siglo XXI, con cada puesta del sol, cuando buscan un rincón perdido en una miserable calle para dormir y no molestar, después de haberse escondido todo el día de toda mirada indiscreta. Es por ello, apunta la periodista Gabriela Rojas, citando a Dilip Mehta, director del poético documental titulado *Las mujeres olvidadas*, que casi no parecen tantas, aunque en realidad “no son diez, ni veinte, sino miles de mujeres viviendo en estas terribles condiciones”. La mayoría dice rezar por la noche “por no despertar al día siguiente”. La autora recuerda que, paradójicamente, esto pasa a tan sólo 70 kilómetros de la perla turística de India, Agra, con el templo Taj Mahal, que, “irónicamente, fue construido por amor a una mujer”.

Ante estas atrocidades, ¿qué dirían los gigantes silenciosos de Rivelino? ¿Se destaparían las bocas estos guardianes para gritar a otros mundos lo que pasa en rincones casi olvidados de alguna tierra más bien considerada pobre o bien se callarían? En el País Semanal del domingo, 9 de mayo de 2010, el artículo de la sección Ecología, firmado por Alvaro Corcuera, *Cámaras contra la matanza de delfines*, habla de la barbaridad que pasa esta vez en un pueblo del sur de Japón y donde una cámara oculta atestigua de “la cala” donde “cada año 23 miles de delfines son asesinados durante la temporada de caza, eso es abril-octubre, por los pescadores de este pueblo del sur de Japón, con el visto bueno del gobierno japonés, como menciona el artículo de la revista española. Dice el periodista que” es la mayor matanza de estos cetáceos en el mundo, permitida y animada por el

Gobierno japonés. Los delfines son arrinconados cada tarde hasta la cala por barcos que crean una barrera de sonido que ahuyenta a los animales, sin saberlo, hacia la muerte horas más tarde.”

Al día siguiente, los pescadores “empuñan arpones desde sus barcas, matando uno a uno a los apelonados delfines y llenado de sangre ese trozo de costa”. Sólo unos cuantos salvan la vida, para servir de carne de negocio entre los matadores de delfines y los acuarios del mundo. El autor habla de decenas de barcos repletos de cazadores de delfines que todos los días producen una barrera de sonido con el fin de ahuyentar a los animales, para guiarlos luego hacia la cala donde sólo algunos sobreviven a esta matanza, en base a una rigurosa selección, la mayoría siendo asesinados. Increíble, alucinante, ¿verdad?

El País Semanal del 2 de mayo saca del silencio otra dramática realidad de nuestros mundos: la prostitución, sobre todo de las niñas y adolescentes. La tierra de nadie es esta vez Pereira, Colombia, evocada por Jesús Ruiz Mantilla en un artículo conmovedor titulado *El Precio de la prostitución*. En esta ciudad, comenta el autor, que ilustra su reportaje con unas dramáticas fotos que hablan de por sí, niñas de entre ocho y doce años y mujeres jóvenes ofrecen sus servicios a quien quiera, convirtiendo, de esta manera, este oficio en “un motor económico de la ciudad”. Niñas , acompañadas por sus madres, que las venden, ya no sorprenden a nadie ahí. Dejemos hablar al testigo de estas monstruosidades: “La propia ciudad sangra a plena luz con el comercio de gran parte de su carne...”, comercio que transforma los parques de la ciudad en “ el reino de la esclavitud contemporánea”. Irónicamente, recuerda Jesús Ruiz Mantilla, la triste realidad de Pereira dio lugar a un fenómeno sociológico llamado *Sin tetas no hay paraíso*, primero , bajo la forma de una novela de Gustavo Bolívar y luego como famosa serie de televisión, convirtiéndose este drama de muchas mujeres de Pereira en un “modelo” a seguir, que “no ha hecho más que mucho daño”, porque se cree que lo que se relata en una novela o en una serie de televisión es modelo a seguir en la vida. Y al revés. De *Las esclavas. Las cloacas del comercio sexual* habla en un excelente reportaje- en el futuro próximo un libro- la periodista y escritora mexicana Lydia Cacho. Basta con leer la portada del artículo para saber que se trata de una realidad estremecedora, de una increíble brutalidad, justamente porque no es ficción, sino que las cifras exactas nos despiertan y nos avisan de que se trata de la realidad misma: cada año, 1,39 millones de mujeres son víctimas de la esclavitud sexual en “oscuros rincones” de varios países así llamados subdesarrollados. “Creíamos que la modernización y las fuerzas del mercado global habrían de erradicarla y el abuso infantil en los oscuros rincones del mundo subdesarrollado habría de disiparse al simple contacto de las leyes occidentales y la economía de mercado. Mi investigación demuestra justamente lo contrario”- puntualiza la escritora mexicana. Su periplo por varios países del mundo, entre los cuales Turquía, Japón, Birmania, dan fe de una trágica lacra humana sin precedentes, dice la periodista, que, a veces está obligada a “guardar silencio” para seguir con sus investigaciones por el barro social.

De nuestros silencios se trata o de nuestra decisión de hablar de temas que duelen, aunque pertenecen al pasado, al leer el artículo *Supervivientes del pasado. Españolas en el infierno nazi* de El País Semanal N0.1759 , donde nos indignamos

una y otra vez ante tanta injusticia. El campo de concentración alemán de Ravensbrück, cerca de Berlín, evocado por las supervivientes- muy pocas- de las atrocidades nazis, al cumplirse 65 años del horror, de mano de la periodista Montserrat Llor, queda como una herida abierta para toda la humanidad. Ahí estuvieron presas unas 132 mil mujeres de 40 países, dice la autora. Entre éstas, 400 españolas, de las que sólo quedan una pocas para contar el horror que vivieron. Fue uno de los peores campos nazis de la segunda guerra mundial, enfatiza la autora, donde las mujeres fueron presas por razones políticas, por haber defendido la libertad y “los valores de la segunda república durante la guerra civil española, pero Franco ganó la batalla y el exilio fue inevitable”. Sobre las mujeres deportadas no se habla mucho, comenta la periodista, aunque “ a ellas hay que añadir otros sufrimientos adicionales, los que se desprenden de su propia condición de mujer: experimentos médicos, esterilización, eliminación de sus hijos ante su presencia e incluso prostitución.” El impacto, tanto físico, como psicológico, en las supervivientes todavía es tremendo, porque ¿quién puede olvidar el quirófano donde “el temido doctor Gebhardt y su equipo efectuaban horribles experimentos con mujeres y niñas(...). Y el crematorio y la cámara de gas, donde fueron gaseadas unas 6 mil presas, pero al mes morían , de promedio, mil mujeres, debido a las pésimas condiciones higiénicas, la tuberculosis, la disentería o el tifus”. Algunas de las españolas supervivientes han escrito libros, testigos de las cicatrices físicas y psicológicas que dejaron en ellas los experimentos nazis, como *Memoria de la resistencia* y *La madeja del tiempo* de Lise London.

Gerardo Zavarce firma el artículo *Caracas, una guerra sin nombre*, porque no puede callar las violencias sin precedentes que tienen lugar en la capital venezolana, hablando de 127 homicidios anuales por cada cien mil habitantes, de “millones de armas en los barrios, bandas, venganzas, familias destruidas” Ante este panorama, cualquier explicación sobra, dice el autor, porque ¿ cómo explicar que de los edificios de la ciudad brotan ríos de sangre, que cada muerte atrae otra muerte- por venganza? “La sangre- dice el periodista- fluye por sus calles y avenidas, forma un caudaloso torrente que tiñe de rojo el asfalto y traza un peculiar camino, por donde no sólo los cuerpos, sino la ciudad toda y sus ciudadanos se diluyen y se desdibujan”. Para el fotógrafo venezolano Nelson Garrido, que aborda la violencia como fenómeno social, “ se trata de una violencia capilar que regularmente pretende ocultarse a través de los pliegues cosmopolitas de una pretendida utopía de ciudad moderna”, pero, en realidad, en Venezuela, se comenta en el artículo citado, se puede hablar de violencia política, de género, social, económica, de naturaleza a condicionar permanentemente las vidas de los habitantes. La gente vive con una permanente sensación de inseguridad y miedo. Las estadísticas ponen los pelos de punta, al mencionar 16 mil homicidios en 2009, 16 mil familias en luto, más de 180 mil personas heridas, víctimas de la violencia. Es ya “normal” que una familia tenga un hijo o un pariente muerto por violencia, la lacra de la violencia ha alcanzado niveles preocupantes, apunta el autor del artículo, al recordar las 12 millones de armas en manos de civiles en un país que cuenta con 27 millones de habitantes. El final del artículo es demoledor: “Caracas vive una guerra en la cual todos pierden. Nadie gana. Nada gana nada en una guerra que consume cada año miles de víctimas. Caracas vive una guerra que no tiene nombres. Se trata de una guerra silente que

muchas veces no se puede ver, porque el encierro, producto del temor, permite a sus habitantes quedarse ciegos de tanto mirar en la oscuridad”.

Continuamos evocando las atrocidades señaladas en la revista española de fin de semana, *El País Semanal*, que, en su número 1756 del domingo, 23 de mayo del corriente, nos hace llegar una verdad muy cruel, a lo mejor desconocida por la mayoría de nosotros, que vivimos, digamos, en “otro mundo”. El lugar de la infamia, como lo llama la autora del artículo, Irene Peroni, es esta vez Afganistán, más exactamente, Bamiyán, a unos 250 km. De Kabul, donde los majestuosos budas gigantes eran el orgullo de los habitantes de estas tierras. Los talibanes decidieron destruirlos, masacrando al pueblo hazara que los veneraba. Más triste todavía es que, tras la persecución, los hazaras volvieron a sus tierras, pero están obligados a vivir en cuevas excavadas siglos atrás, porque ya no tienen hogar, sus casas fueron incendiadas. En estas así llamadas casas, la gente vive con temperaturas de 22 grados bajo cero, en condiciones imposible de imaginar en “nuestro mundo”, y donde los niños, para no tenerle miedo a la oscuridad de las cuevas, pintan las paredes de sus “casas” de blanco y en el techo árboles y flores, que les puedan dar la sensación de que viven rodeados de jardines... Los talibanes, dice la autora, quisieron eliminar esta cultura, destruyendo los dioses de los hazaras, un grupo étnico minoritario, que representa un 15% de la población de Afganistán. Paradójicamente, en Bamiyán, éstos son mayoritarios. Mucho tiempo discriminados, los talibanes les hicieron vivir la más dura y cruel de las persecuciones, destruyendo sus templos y, con esto, sus medios de vida, al mismo tiempo que su historia, cultura y fuente de ingreso, ya que las bellísimas estatuas de unos 35 hasta 55 metros de alto atraían a los turistas. “A los talibanes no les gustaban los hazaras. Querían destruir nuestra historia”, explica Habiba Sarabi, gobernadora de Baniyán y única mujer gobernadora en Afganistán. Los pastunes, mayoría en este país, consideran a los hazaras oriundos de Mongolia o de China y por ello su principal objetivo era discriminarlos y empezaron destruyendo su patrimonio. Los templos eran mundialmente conocidos y de gran potencial turístico, lo que podía representar una amenaza para los talibanes. En 2001, después de haber bombardeado las estatuas durante varios días con misiles antiaéreos, los talibanes colocaron explosivos donde se encontraban los budas y los hicieron explotar, recuerda, con inmenso dolor, un hazara. Estos colosos fueron las mayores estatuas de Buda en pie del mundo, dicen las estadísticas, y se trata de piedras talladas en el siglo VI en un acantilado de roca arenisca. El valle donde antes tronaban los gigantes fue declarado por la UNESCO en 2003 patrimonio de la humanidad.

Terminemos en un tono algo más optimista- aunque resulta muy difícil vivir ignorando lo que pasa en “otros mundos” o callarlo- y hablemos de otro artículo de la misma revista semanal española, esta vez, el número 1750 del domingo, 11 de abril de 2010. Se titula *Suráfrica y los mini-Mandelas*. ¿Qué menos, ¿no?, en el año del gran acontecimiento deportivo del mundo? Pues, *El País Semanal* recoge esta vez las impresiones del escritor y periodista colaborador de *El País*, John Carlin, que vivió seis años en Suráfrica y que ha experimentado en su propia carne la transformación del país, “gracias a los seguidores del espíritu de Nelson Mandela”. Muchos surafricanos viven en chabolas y carecen de infraestructuras impensables en “otros mundos”. Los personajes – reales, por cierto – evocados en este artículo parecen

pertenecer a otro mundo: Evelina es seropositiva, perdió a su hijo con 13 años, pero, atleta olímpica, corredora de maratones y gran montañera, está muy orgullosa de haber llevado la bandera sudafricana hasta la cima del Kilimanjaro. Es todo un ejemplo de cómo salir de un mundo- él que te tocó por geografía-y entrar por la puerta grande en otro mundo, a base de esfuerzo y dignidad. Se enorgullece con haber conocido personalmente a Mandela, quien le dijo:”estoy muy orgulloso de usted”- un mensaje que la hace seguir adelante, a pesar de todo.

“Sólo mediante la educación puedes cambiar África”- son las palabras de Siphile Mdaka, que dirige *Star for life* ; pronunciar estas palabras en un país donde la tasa del analfabetismo llega a cuotas inimaginables y donde hay que lidiar todos los días con desafíos como el sida y la pobreza, puede parecer una paradoja. Sin embargo, es un país en él que abundan los así llamados mini-Mandelas, gente buena y solidaria, que dedica su vida a combatir la plaga del sida o ayudar a los pobres. “El gran legado de Mandela es que Suráfrica es una democracia estable”, dice el autor del artículo, John Carlin, a pesar de tantas dificultades que todavía existen ahí, como “los grotescos asesinados y violaciones”, que hacen de esta tierra “ un país de gente buena donde existe una violencia atroz”.

El autor explica esta violencia por la cantidad de armas que la gente tiene o compra de los pobres de los países vecinos que acaban de salir de guerras civiles, por la gente que sigue traumatizada por las humillaciones de la época del apartheid y, apunta el autor, porque “es un país en el que existe una clase media rodeada de un mar de pobreza”. Un mundo, al fin y al cabo, en que todavía cohabitan dos mundos diferentes, con sus específicos idiosincrasias: el de los mini-Mandelas, seguidores de su espíritu pacificador, y el de los “ defensores” del mal, amantes de la violencia, la corrupción y la delincuencia. Aunque, dice el autor, al parecer, salen siempre vencedores los buenos, porque saben imponerse y uno se queda cautivado por lo mejor de este país y no se queda en la memoria con lo peor de la humanidad que fue la sorda e injusta lucha entre lo blanco y lo negro.

Son realidades que pueden decir mucho de nuestra capacidad de callar o de gritar lo que , algunas veces, se prefiere ocultar. Los autores de los artículos evocados en este ensayo tuvieron la valentía de hablar de lo peor del mundo. Volviendo al título de la exposición que me inspiró el artículo y a su autor, el escultor mexicano Rivelino, igual que los autores de los artículos y reportajes de *El País Semanal*, éste tampoco tataría las bocas a sus gigantes capaces de gritar a “otros mundos” las realidades de “su mundo” , o, si lo hiciera, sería sólo para llamar la atención sobre el peligro de callar, de guardar silencio, en lugar de dialogar, de comunicarse con “otros mundos”, porque, ¿ no es cierto? El que calla otorga.

BIBLIOGRAFÍA:

Rivelino, *Nuestros silencios*, Exposición escultórica monumental , catálogo editado por la Secretaría de Estado del Ministerio de Relaciones Exteriores de México, 2010

El País Semanal No: 1746, 1750, 1751,1756, 1757, 1759, suplementos de fin de semana del diario *El País*, editado por Ediciones El País, Barcelona, 2010